

LA ORACIÓN EN LA VIDA AFECTIVA

La oración es un anhelo vital en la vida del creyente que nos religa con el Creador. Esta necesidad la expresa Jesús en su sentencia de que es “preciso orar siempre sin desfallecer (Lc. 18,1).

Santo Tomás aborda en diversas ocasiones la relación entre la vida afectiva y la vida interior: en el tratado acerca de las pasiones, en su estudio sobre las virtudes y los dones del Espíritu Santo y los movimientos que ellos engendran. Así por ejemplo, siguiendo al Pseudo Dionisio, se refiere a la evolución de la vida contemplativa recurriendo a la imagen del movimiento circular, rectilíneo y oblicuo.

Finalmente enfoca el tema de la oración en el tratado de la virtud de la justicia. Refiriéndose a sus partes potenciales, desarrolla la virtud de la religión por la cual según la voluntad damos a Dios la devoción, por el entendimiento la oración y en cuanto al cuerpo la adoración. En la presente ponencia presentaré la oración en la perspectiva tomista, su relación con las virtudes teologales y los desafíos de la vida de oración en la actualidad.

La oración en la perspectiva tomista:

La oración compromete toda la persona tanto la inteligencia como la afectividad. El Aquinate explica, acorde con Casiodoro, que la etimología del vocablo “oris ratio” significa la razón expresada en palabras. Acude a la definición de San Juan Damasceno: “la oración es una petición a Dios de lo que nos conviene”. Es una petición a Dios en un sentido amplio que comprende tanto las peticiones del Padre nuestro, la oración de la liturgia de la Iglesia y aquéllas que surgen de los deseos íntimos del orante. Queda en claro que se da en un marco de una mística objetiva en el seno de la Iglesia como Esposa de Cristo y que requiere la petición humilde y no de exigencia a Dios¹.

Como el organismo sobrenatural de la vida de la Gracia comprende no sólo la inteligencia, sino también la vida afectiva transformada por la Ley Nueva que es el Espíritu Santo con sus virtudes y dones, corresponde, pues, indagar la conexión entre las pasiones, la vida afectiva, las virtudes y los Dones.

¹ Es menester aclarar que “la oración como petición está en todos los tipos de oración porque corresponde exactamente al don de la gracia, que necesitamos en todas partes”. Pinckaers, S. La vida espiritual, Edicep, Valencia, 1994 p. 201

Las virtudes teologales

San Agustín afirmaba que la fe, la esperanza y la caridad son virtudes orantes², expresivas de la oración.

La vida de oración reposa sobre la fe en la existencia de Dios y en su Providencia amorosa que gobierna el mundo y es la causa primera de la eficacia de la oración. Así lo demuestra el Aquinate en la q. 83, a.2 al indicar la conveniencia de la oración con la inmutabilidad de Dios al insistir que la oración no se hace para mover a Dios, sino para poner la causa o el medio dispuesto por Dios y subordinado a Él, a fin de obtener algún efecto. Efecto que sucede a modo de las causas segundas propias de los actos humanos de los cuales la oración es uno de los más importantes. Por eso es convenientísimo orar, no para cambiar la providencia de Dios, que es absolutamente inmutable, sino para obtener de ella lo que desde toda la eternidad ha determinado concedernos a través de la oración.

La oración no es *causa*, en el sentido de que mueva en tal o cual sentido la voluntad de Dios, puesto que nada extrínseco a Él puede determinarle pero es causa por parte de las cosas, en la intelección de que Dios ha dispuesto que tales cosas estén vinculadas a tales otras y que se hagan las unas si se producen las otras.

La oración es culto tributado a la Providencia. Si el hombre espiritual (pneumatikós) lo hace, alaba a Dios; si el hombre carnal (sarkikós) lo olvida, es porque las pasiones le tienen cautiva la razón. La oración coopera con el gobierno divino porque eleva la mente a Dios en la petición de las cosas convenientes a nuestra salvación entre ellas nuestros afectos y deseos más íntimos. La fe, al decir del autor de la Carta a los Hebreos, “es una firme seguridad de lo que se espera, una demostración de lo que no se ve (Heb. 11,1). Constituye un cierto conocimiento anticipado e indirecto de las realidades espirituales. Al orientar a la inteligencia y la voluntad hacia Cristo, la fe opera una curación de las facultades que se disgregaron por el pecado uniendo todo el ser del hombre -deseo, voluntad e inteligencia-. De allí que la oración sana y ordena.

La oración es también penitencial, pues en la medida en que se opone a cada pensamiento apasionado una actitud penitencial, puede llegar a vencer, con la gracia de Dios, las pasiones desordenadas que lo habitan y sanar sus enfermedades espirituales.

² San Agustín, *Enchiridion Sive de Fide, Spe et Caritate ad Laurentium*, BAC, Madrid, cap. 7.

Por eso la oración contribuye a la pacificación del ser mediante el poder que posee y, ante todo, porque disipa aquello que de manera más insidiosa aqueja al alma que es la angustia. Dice el salmista: “Recuérdame en el día de la angustia, yo te libraré y Tú me glorificarás” (Sal. 49,15).

En este sentido Santo Tomás indica que la virtud de la esperanza, combate la desesperación, el pecado principal contra esta virtud.

La oración es intérprete de la esperanza, se sitúa en el deseo de la felicidad, de la bienaventuranza, el *Desiderium Dei*. Así, como también en el crecimiento en la vida de la gracia, de los dones y las virtudes teologales y cardinales.

La caridad como forma de todas las virtudes está implícita también en la vida de oración. El Aquinate traza, con esmero y pulcritud, el camino de la experiencia espiritual del orante, que se despliega en el ejercicio de las virtudes, cuyo efecto es el gozo y, especialmente, la operatividad de la caridad que se centra en la gracia del Espíritu Santo que define la Ley Nueva³. Ahora bien, el Espíritu Santo obra una purificación del corazón del egoísmo con la gracia del amor que corresponde, también, a las bienaventuranzas evangélicas, en particular aquella que afirma que serán felices los puros de corazón porque verán a Dios.

En efecto, señala el Aquinate que se tiene gozo espiritual de Dios doblemente: en cuanto nos gozamos del bien divino en sí mismo considerado y en cuanto lo participamos. El gozo primero es mejor y proviene principalmente de la caridad y el segundo nace de la esperanza porque esperamos el goce del divino bien, aunque ese gozo puede ser perfecto o imperfecto conforme a la medida de la caridad⁴.

Precisamente dicha experiencia del gozo espiritual le permite al Angélico esbozar su concepción de la felicidad, piedra basal de su moral. Reside en una participación en la bienaventuranza y en el gozo de Dios, que se revela en Cristo y se comunica por el Espíritu Santo.

Obstáculos en la vida de oración

En el progreso de la vida de oración se presentan muchos impedimentos que sería largo de enumerar en los límites de la presente ponencia. La acedia ocupa un lugar preponderante.

La acedia: Santo Tomás abordó la tristeza en sí, en sus causas, en sus efectos, en sus remedios, en su moralidad, con gran penetración en la *Prima Secundae* (q.35-39).

³ I-II, q. 106, a. 1 y 108 a. 1.

⁴ II-II. q. 28 a. 1 ad.3

La considera como aquel dolor interior que es una pasión del alma y se identifica con la tristeza. Es un dolor especial surgido por la percepción de nuestros sentidos internos de algún mal.

En la II-II q. 35 el Aquinate trata de la acedia en cuanto se opone al gozo del bien espiritual. En ese sentido es como una tristeza que apesadumbra ante el bien espiritual y desanima para proseguirlo. Es como un estado de desánimo, de pesadez, de depresión acompañado con ansiedad e incluso angustia.

El Aquinate considera que esta tristeza junto con la envidia, que es tristeza del bien ajeno, son pecados capitales contra la caridad, virtud teologal por antonomasia cuyo fruto propio es el gozo. Ciertamente hay muchos pecados más contra la caridad.

La malicia de la acedia reside en cuanto se entristece de un mal aparente que es verdadero bien. No goza de la alegría de la caridad. No cualquier tristeza es acedia por eso conviene distinguir entre la melancolía o nostalgia temperamental, del estado espiritual consciente de la acedia.

Las hijas de la acedia al decir de Santo Tomás, siguiendo a San Gregorio Magno son las siguientes:

*“San Gregorio asigna las hijas a la acedia de manera conveniente. En efecto, dado que, como expone el Filósofo en VIII Ethic., nadie puede permanecer largo tiempo en tristeza sin placer, es menester que la tristeza dé lugar a dos resultados: lleva al hombre a apartarse de lo que le entristece y también le hace pasar a otras cosas en las que encuentra placer, lo mismo que, quienes no pueden gozar de las delicias espirituales, se enfangan en las del cuerpo, como escribe el Filósofo en el X Ethic. En el movimiento de huida de la tristeza se observa el proceso siguiente: primero rehúye el hombre lo que le contrista; después impugna lo que causa tristeza. Pues bien, los bienes espirituales de que se entristece la acedia son el fin y los medios que conducen a él. La huida del fin se realiza con la **desesperación**. La huida, en cambio, de los bienes que conducen a él, si son arduos que pertenecen a la vía de los consejos, la lleva a cabo la **pusilanimidad**, y, si se trata de bienes que afectan a la justicia común, entra en juego la **indolencia de los preceptos**. La impugnación de los bienes espirituales que contristan se hace, a veces, contra los hombres que los proponen, y eso da lugar al **rencor**; otras veces la impugnación recae sobre los bienes mismos e induce al hombre a detestarlos, y entonces se produce la **malicia** propiamente dicha. Finalmente,*

*cuando la tristeza debida a las cosas espirituales impulsa a pasar hacia los placeres exteriores, la hija de la acidia es entonces la **divagación de la mente por lo ilícito** ”⁵.*

La primera es la desesperación. Es pecado contra la esperanza, más grave que la presunción. La desesperación, es un acto positivo, por el cual la persona rechaza la bienaventuranza como algo que considera imposible para él. Santo Tomás enseña que en la desesperación no importa solamente la privación de la esperanza, sino además cierto alejamiento de la cosa deseada, por considerar imposible su posesión⁶. Así lo dice el Aquinate: *“Por otra parte, el hombre llega a no considerar como posible de alcanzar por sí mismo o por otro el bien arduo cuando llega a gran abatimiento, ya que cuando éste establece su dominio en el afecto del hombre, le hace creer que nunca podrá aspirar a ningún bien. Y como la acidia es un tipo de tristeza que abate al espíritu, engendra, por lo mismo, la desesperación, dado que lo específico de la esperanza radica en que su objeto sea algo posible; lo bueno y lo arduo pertenecen también a otras pasiones. Por eso, la desesperación nace sobre todo de la acedia, si bien puede nacer igualmente de la lujuria, como hemos dicho ”⁷.*

La segunda es la pusilanimidad: implica ánimo pequeño y es pecado contra la virtud cardinal de la fortaleza. *“Así también el pusilánime falla en esa medida de su capacidad al rehusar tender a lo que es proporcionado a sus posibilidades ”⁸.*

La tercera es la indolencia de los preceptos o también pereza que implica no cumplir aquello que es mandato en orden a la salvación. Lo expresa el Aquinate: *De ahí que, según el Filósofo, con toda propiedad se llama muelle al que deja de hacer el bien por las molestias causadas por el hecho de obrar sin sentir placer, pues retrocede, por así decirlo, por motivos de poca importancia ”⁹.*

La cuarta es el rencor entendido como *“sucede que si alguien es mantenido ocupado (retenido) en los bienes espirituales los cuales al mismo afligen (entristecen), concibe ciertamente en primer lugar una indignación (enojo, ira) respecto de los prelados (superiores religiosos) o de cualquier persona que (lo) mantienen ocupado en*

⁵ II-II S Th. q. 35, a. 4 ad. 2

⁶Cfr. I-II, q. 40, a. 4 ad 2

⁷ II-II q. 20 a.4 c

⁸ II-II q. 133. a. 1 c

⁹ II-II. q. 137 a. 1 c. in fine.

estos (bienes) y este es el rencor”¹⁰. Es una especie de odio viejo que ancla en el alma y torna a la persona murmuradora, quejosa y amarga. La quinta es la malicia u odio “*concibe verdaderamente indignación y odio contra incluso los mismos bienes espirituales, y esta propiamente es la malicia*”¹¹. La sexta es la divagación de la mente por lo prohibido. Comprende no sólo los pecados de la carne sino el espíritu mundano en cuanto escape o fuga del tedio, del aburrimiento. Es dable observarlo en la *curiositas*¹² como vicio opuesto a la estudiosidad¹³. Es un pecado muy habitual en la actual cultura virtual y de las redes sociales que se dan en todas las edades, sin que este juicio implique una minusvaloración del uso de las plataformas digitales.

Remedios para la acedia: Brindaremos los remedios tanto a nivel de las pasiones que trata Santo Tomás en la I-II del Tratado de las Pasiones, q. 38 como también los de orden sobrenatural de la Gracia. Estudia primeramente los remedios directos o inmediatos tanto psicológicos (a.1), como fisiológicos (a.2) y los remedios indirectos psicológicos (aa. 3y 4) y fisiológicos (a.5). Todos los deleites mitigan en algo la tristeza al concentrar la atención sea en cosas deleitables (comida), en cosas útiles (trabajo) o en cosas bellas (ciencias y artes). Otro remedio es el llanto como manifestación y desahogo de la tristeza. Lo afirmaba San Agustín que cuando se dolía de la muerte de su amigo, *sólo en los gemidos y en las lágrimas hallaba algún descanso*¹⁴. La compasión de los amigos mitiga la tristeza porque el dolor compartido con otras personas se puede arrostrar de mejor modo. Además, la consolación es brindada por los amigos contristados por el propio dolor, ya que la amistad se manifiesta en las alegrías y en las tristezas. La contemplación de la verdad es uno de los remedio más eficaces: “*la contemplación de la verdad mitiga la tristeza o el dolor, y tanto más cuanto más perfectamente es uno amante de la sabiduría. Y por eso los hombres se alegran en medio de las tribulaciones por la contemplación de las cosas divinas y de la futura bienaventuranza, según aquello de Sant 1,2: Tened, hermanos míos, por sumo gozo el caer en diversas tribulaciones. Y lo que es más, semejante gozo se encuentra en medio de los tormentos corporales, como el mártir Tiburcio,*

¹⁰Q.De malo, q. 11 a. 4 coMarietti, 1965 *contingit quod si aliquis invitatus detineatur in spiritualibus bonis quae ipsum contristant, concipit primo quidem indignationem ad praelatos vel ad quascumque personas in his detinentes, et hic est rancor.*

¹¹ *Ibíd. secundo vero concipit indignationem et odium contra etiam ipsa spiritualia bona, et haec proprie est malitia.*

¹² II-II q. 167.

¹³ II-II q. 166.

¹⁴ I-II, q. 38, 3 arg sed contra

*que, andando con los pies desnudos sobre carbones encendidos, dijo: Paréceme que camino sobre rosas en el nombre de Jesucristo*¹⁵.

Conviene también indicar que en el contexto de las virtudes la paciencia adquiere un rol principal: *“las virtudes morales se ordenan al bien en cuanto que conservan el bien de la razón contra los ataques de las pasiones. Y entre otras pasiones la tristeza es eficaz para impedir el bien de la razón, como consta por las palabras de 2 Cor 7,10: La tristeza según el mundo lleva a la muerte. Y también leemos en Ecle 30,25: A muchos mató la tristeza, y no hay utilidad en ella. Por eso es necesaria una virtud que mantenga el bien de la razón contra la tristeza para que la razón no sucumba ante ella. De ahí lo que dice San Agustín en el libro De Patientia: Por la paciencia humana toleramos los males con ánimo tranquilo, es decir, sin la perturbación de la tristeza, para que no abandonemos por nuestro ánimo impaciente los bienes que nos llevan a otros mayores*¹⁶. Otros remedios corporales recomendados por el Angélico son el sueño y el baño que devuelve al hombre cansado por el estado de tristeza a su estado connatural. Siempre el mejor remedio contra la tristeza será el amor de los bienes supremos, el amor a la Sabiduría. Así lo dice el Aquinate cuando habla de este don: *“de esa dirección de la sabiduría sobre los actos humanos no se sigue amargura o trabajo; antes bien, la amargura se trueca en dulcedumbre y el trabajo en descanso*¹⁷.

Remedios de la Vida de la Gracia

En primer lugar la vida de oración supone el ejercicio de las virtudes y, en este caso, la virtud de la caridad, la más importante de las virtudes teologales. El fruto propio de la caridad es el gozo y, por tanto, es menester acudir al pensamiento de los bienes espirituales *“tanto más placenteros se nos hacen. El resultado será que la acidia cese”*, observa el Aquinate¹⁸. Es menester acudir a la lectura orante de la Palabra de Dios, la *lectio divina*, el hábito de la oración vocal. Como dice el Concilio Vaticano II en la *Dei Verbum*: *“Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre pues, “a Dios hablamos*

¹⁵ I-II, q. 38, a. 4 c

¹⁶ II-II q. 138, a. 1 c.

¹⁷ II-II q. 45 a. 3 ad. 3

¹⁸ II-II q. 35 ad. 4

cuando rezamos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras"¹⁹. También en la contemplación de la pasión de Jesucristo, la devoción a la Virgen Santísima. Por cierto, que el remedio capital será una voluntad firme y decidida en la consecución del bien para lo cual es menester, también, una acendrada ascesis, siempre asumida en una perspectiva de la vida mística, que incluye la gracia.

En la moral de las virtudes, donde la línea de la perfección es la caridad, la ascesis remueve los obstáculos que la contrarrestan, al sostener su esfuerzo y favorecer su impulso. La ascesis acompaña, de hecho, todas las etapas de la vida cristiana pues nadie está dispensado del combate espiritual con la ayuda de la gracia de Cristo.

A su vez, la oración cristiana está penetrada por aquella amistad divina ofrecida por Dios a los hombres del Antiguo Testamento que son los grandes orantes, como cita el Catecismo de la Iglesia Católica (Abraham, Moisés, Elías, los profetas, el pueblo de la Alianza) y ratificada por Cristo, por su ofrenda de amor en la Cruz.

Es claro que la oración cristiana no puede ser una actividad puramente mental y reducida a ciertos ejercicios psicofísicos que impliquen técnicas de interiorización. Por el contrario, la oración es un trato de amistad en el diálogo personal con el Padre, la comprensión de la absoluta mediación de Cristo y la experiencia de una oración que es don, gracia, acción del Espíritu Santo.

La meditación, parte integrante de la oración, ayuda a ordenar la afectividad pues mantiene vivo el contacto interior del intelecto y la voluntad con Dios y las verdades divinas. Impide, a su vez, la dispersión espiritual e ilumina el verdadero camino cristiano.

Conclusión:

La riqueza de la multiforme tradición de oración contribuye a orientar la afectividad del orante, acosado por muchas tentaciones disgregantes de la sociedad actual y dirigirse hacia la felicidad verdadera, en Dios.

¹⁹ Dei Verbum, BAC, Madrid, 1955. La cita es de San Ambrosio.